



AÑO XXXI NUM 338

Pa'z y Bien



DICIEMBRE 2020





ADVIENTO, LA GRAN ESPERANZA

María José Simón. *Paz y Bien*

La vida de las personas está tejida con hilos de esperanza. En el seno materno ya dicen que somos 'estado de buena esperanza'. De niños esperamos crecer, ser queridos, hacer amistades, compartir nuestras horas de juego, desarrollar nuestros talentos, labrarnos un futuro, acabar los estudios o encontrar un trabajo, conocer a otras personas, formar una familia o una comunidad, llegar a viejos... Cuando no hay esperanza, la vida se malogra.

En ocasiones, la esperanza crece y se fortalece en la adversidad, en tiempos oscuros, cuando las cosas no van bien, cuando vienen turbulencias, cuando nos sobrevienen las dificultades... Confiamos en que después de la noche amanecerá, y saldrá el sol después de la tormenta; creemos que tras un día malo, vendrán otros mejores...

Muchos hilos de este inmenso tar-

tán se entrelazan con los de otras personas: establecemos relaciones de confianza con nuestros seres queridos, vecinos, compañeros de trabajo, conocidos y a veces también con extraños... Esperar es un anhelo de todos, de los cercanos y de los desconocidos, también de los que han venido al mundo con menos oportunidades, de los que nada tienen o de los que han perdido todo.

No debió ser fácil para María, la mujer que con su *fiat* hizo realidad el plan de Dios, comunicar a José que estaba encinta, alumbrar en un lugar improvisado y pobre, tener que huir de su tierra, tratar de comprender la misión a la que su Hijo había sido llamado, seguirlo a lo largo de su vida, verlo morir en la Cruz como un malvado... y esperar la Resurrección. Tampoco hubo de ser fácil la vida de tantos hombres y mujeres de todos los tiempos que cultivaron e hicieron crecer la semilla del Evangelio, tan

contraria a los usos y a la lógica con que nos manejamos en este mundo.

Solo desde el sentirse habitados interiormente es posible trabajar la esperanza cristiana que incluye a los pobres, a los marginados, a los desconocidos y alejados, a nuestro planeta Tierra... Solo habiendo sentido la ternura de un Dios bueno que cuida de todas sus criaturas, es posible vivir la vida con sencillez y alegría...y llegado el caso, gastarla para que otros vivan. Solo desde la confianza de que la muerte no es una fuerza ciega que nos engulle y nos arrastra hacia el abismo, es posible agotar las esperanzas personales y vitales, para mantener una actitud positiva ante la vida... A pesar de las lágrimas y el dolor por la ausencia, reconocemos a nuestro hermano Jesús Berrueta entre los testigos que así lo han experimentado. A nosotros nos toca coger el testigo... Es Adviento, ¡el tiempo de la Gran Esperanza!

PUNTO DE ENCUENTRO

SEMILLAS DE ESPERANZA Y ALEGRÍA



Leticia García. *Coord. Grupo San Francisco*

¡Feliz año nuevo! Pueda parecer que se me haya ido un poco la cabeza; estamos terminando noviembre y aunque ya por nuestras calles comienzan a ponerse luces de Navidad y en los supermercados se llenan las estanterías de turrones y dulces navideños, para la llegada del nuevo año quedan aún bastantes días. Pero no voy por ahí. Sí que comenzamos un nuevo año, año litúrgico nuevo. Camino, verdad y vida.

Con la llegada del Adviento empezamos "de nuevo", tenemos ante nosotros un montón de días para llenarlos de sentido, para buscar el camino que dé plenitud a nuestra vida, para convertir nuestro pedacito de mundo en un hogar más habitable para todos.

Parece que este 2.020 nos ha pasado factura de manera importante, esta pandemia que vivimos desde

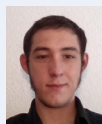
hace ya muchos meses nos tiene agotados y nos cansamos de escuchar por todos sitios que a ver si acaba ya este año.

No puedo dejar de pensar en el cartel que colgado en nuestra iglesia desde la vuelta del verano nos estimula y anima a vivir en perfecta alegría. "y aún cuando las cosas no son como nosotros queremos, escribe hermano..., ahí está la verdadera alegría". Porque esta verdadera alegría no es una vida como camino de rosas, ni tampoco un purgatorio continuo ni un ir por la vida como alma en pena. Tampoco es resignación y sometimiento sin más a lo que nos toca vivir ¡Para nada! Yo entiendo la perfecta alegría como un saber aceptar la realidad con entereza, con plena confianza en Dios, con una fe inmensa que ayuda y sostiene, y un gozo interior que te mantiene en pie por encima de tus fuerzas, justamente por eso, porque no dependemos de nuestras fuerzas sino del gran

Amor que nos da la Vida.

El otro cartel que nos evangeliza al otro lado del altar nos dice que "la verdadera enseñanza que transmitimos es lo que vivimos". Maestro en esta enseñanza de Vida ha sido para mí nuestro querido Jesús Berrueta que nos ha dejado recientemente. Maestro en vivir en la sencillez y la ternura, en la mirada limpia y transparente, en la disponibilidad absoluta, en ver lo positivo de las cosas y de las personas que van pasando por nuestras vidas, en creer en el amor y el perdón por encima de todo...

Un nuevo Adviento, no otro más, uno nuevo y renovado, para llenar de luz nuestros días, para luchar contra la tristeza que a veces se instala en el alma, para seguir sembrando semillas de esperanza y alegría, y así cantar convencidos que Dios vuelve a hacerse niño y se nos regala un año más.



YO SOY MISIÓN (I)

Juan Miralles. *Misiones*

Este curso el grupo de misiones esta trabajando el libro “Yo soy una misión”, de George Agustin. Después de comenzar a trabajar los textos nos sentimos muy satisfechos con la puesta en común y hemos decidido compartir algunas pinceladas de nuestra formación. Estas pinceladas son una invitación para que todos reflexionemos sobre el carisma misionero que todos llevamos dentro. Aquí os dejo la primera entrega.

La pregunta misionera hoy es: ¿cómo convertir en cercanía la lejanía a la Iglesia de tantos bautizados? Esta pregunta está a la orden del día y debe servir de punto de partida para la reflexión sobre nuevas formas de misión que realmente consigan dar un testimonio fiel y sincero de lo que los cristianos vivimos.

La Iglesia vive de visibilizar el misterio de la encarnación. Dios se ha hecho hombre, para que nosotros nos hagamos divinos. La misión de la Iglesia es anunciar este mensaje contra viento y marea, llevar a Dios a los hombres y a los hombres a Dios. Hoy día este mensaje no cala, no convence ¿no será que estamos haciendo algo mal? Quien comprende el anuncio del Evangelio tiene que aprender a entender e interpretar a la luz del Evangelio su propia vida y la experiencia vital de los seres humanos. Esto implica una revisión permanente y concienzuda de los valores que rigen nuestra vida (discernimiento cristiano), implica que nos preguntemos ¿cuál es mi opción preferencial? ¿Realmente pongo en el centro de mi vida a Dios?

Pero, para ponerlo en el centro de mi vida primero tengo que cono-

cerlo. La acogida y escucha que el padre nos ofrece es la oración, ese es el espacio donde debemos confrontarnos con nosotros mismos, con los hermanos y con Dios. Solo de un encuentro profundo y sincero con Dios puede surgir una misión real, sostenida en el tiempo, que no se fatiga. Solo partiendo de un encuentro desde la minoridad con Dios podremos vencer como Iglesia la autorreferencialidad que nos impide captar las verdaderas necesidades y preocupaciones de los seres humanos.

Este proceso de conversión de los que “ya estamos convertidos” es esencial en la Iglesia actual, en palabras del Papa Francisco: “Yo soy una misión en esta tierra, y para eso estoy en este mundo... Misión de iluminar, bendecir, levantar, sanar, liberar” (*Evangelii gaudium*, nro 273).

COMENCEMOS HERMANOS

CREEMOS EN LA VIDA

Seve Calderón. OFM



In memoriam del Hno. Jesús Berrueta López de la Calle, OFM

El Evangelio de san Juan nos habla de Jesús, el Señor, como dador de vida y camino que nos lleva a la vida en plenitud. Nosotros ante la muerte, en vez de dejar que nos abrume y supere, nos planteamos el sentido profundo de la vida.

Miremos, pues, si hemos encontrado el camino que nos llena de energía y nos colma de esperanzas. Ante la muerte tomemos la vida con más fuerza y voluntad, desde el camino que da sentido a nuestra esperanza, ahora y siempre, animados y fortalecidos por la espiritualidad franciscana.

Ante la tristeza de perder a una persona amada, os invito a recordar todo lo que uno sepa del amor, de la amistad, la ayuda, la bondad... que el amigo nos ha dado; porque si sabemos que en su vida ha habido amor y así lo hemos experimentado, sabemos que ese amor nunca se pierde, no se entierra, y que todo el amor que vivimos por pequeño que sea, Dios –que es AMOR más grande– lo recoge y lo recibe para siempre: El que ama se encuentra con Dios, «porque Dios es amor» (1 Jn 4,8). Lo que más me preocupa es el dolor de las familias y comunidades que no han podido decir adiós a la persona que quieren, porque los que mueren

se encuentran con las manos misericordiosas de Dios que los ha recibido en casa, donde hay muchas estancias, y nos ha preparado sitio (cf. Jn 14,2).

San Francisco de Asís se preparaba sin temor alguno para recibir a la «hermana muerte», pues nos abre de par en par las puertas hacia la plenitud de vida junto a Dios. La muerte no es el final del camino, sino –al contrario– es la fiesta del regreso al origen del Dios creador, que no deja de amarnos y que, con el nacimiento de Jesús en Belén, nos ha llenado de ternura dándonos cabida en un inmenso horizonte, en el que todos nos encontraremos con esa vida plenificada en Dios.

Desde la vida con Dios, la muerte es como una realidad diferente: muchas cosas que tanto valoramos ahora, se ven como realidades intrascendentes; desde la morada de Dios, la vida cobra sentido: el amor, la compasión, el perdón, la acogida al hermano, la disponibilidad y el pasar desapercibido como el grano de trigo bajo tierra... (cf. Jn 12,24).

Una presencia nueva comienza. No desembocamos en el vacío, nos queda lo mejor de la vida del amigo, lo que nada ni nadie puede borrar: sus palabras, sus sonrisas, sus gestos, su amor.



EN MEMORIA

A FRAY JESÚS BERRUETA, OFM

Pedro. Paz y Bien

Cuando alguien querido deja estas orillas, es connatural a los cercanos, como connatural resulta al ser humano, explicitar un gesto, un silencio, un recuerdo o unas letras: un pequeño signo material caduco que, en definitiva, con pretensión de cierta sacramentalidad, evoque una emoción espiritual eterna. La pedagogía del adiós y del duelo se aprende casi sin darnos cuenta, está enraizada en lo más profundo e irremediable de nuestro ser, como enraizado está que, a pesar de los pesares, el camino sigue y sigue hasta que seamos llamados.

En esos instantes de natural pesadumbre, los cristianos gozamos, frente a la muerte, del extraordinario privilegio salvífico que se nos ha revelado desde el Misterio Pascual de Cristo. Pero si la pena hace, como es lógico, que no os fiéis de mí y que mis palabras no tengan el suficiente calado emocional como para aportar cierto consuelo a nuestra lógica tristeza, dejadme a mí de lado y fíaros, entonces, de las suyas: “Yo estaré con vosotros hasta el fin del mundo” (Mt 28:20).

Cuando alguien como fray Jesús Berrueta, OFM, abandona los lin-

deros de nuestro mundo, la boca se nos abre de manera inmediata para clamar su paso en justicia, pero la grandeza de su testimonio nos deja mudos y el mayor de los elogios siempre se nos antoja insuficiente. ¿Cómo proclamar en un instante lo que han sido años y años de entrega cierta al Evangelio? ¿Cómo dejar constancia en un grito clamoroso de la extraordinaria fidelidad con la que Jesús Berrueta ha custodiado el carisma de San Francisco de Asís, de su ternura infinita, de su humilde silencio y de su presencia constante e infalible en el acompañamiento fraterno sin preguntas ni condiciones?

Cuando alguien querido, repito, deja estas orillas, resulta más que significativo el hecho de que las letras que pretendemos referir sobre él abandonen toda nota biográfica y se centren en lo profundo, en los sentimientos que ha dejado, en lo que no se puede ver y contrastar más que con los ojos del corazón.

El día en que la primera Gracia de la fe tocó mi puerta, fray Jesús Berrueta ya estaba presente en los primeros rostros con los que pude identificar la bendición de lo franciscano. Por tanto, un pilar se nos ha ido, un

custodio de nuestra fe, alguien que siempre estuvo desde que tenemos memoria.

Fray Jesús Berrueta nos ha regalado, por encima de todo, la certidumbre del Dios de la misericordia y del amor. ¿Y qué Dios es ese?, podrán decir los ajenos a sus días, a su ejemplo y a sus palabras, ¿qué Dios se hace presente en este tiempo convulso, tan aparentemente propicio a la desdicha?, dirán. La respuesta es inmediata: ¿Cómo que qué Dios? ¡El Dios de siempre! ¡El Dios de la Vida, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Dios de Jesucristo, el Dios que lo resucitó de entre los muertos, el Dios de San Francisco de Asís! “¿Dónde está, muerte, tu victoria?”. Ése y no otro fue el Dios que fray Jesús Berrueta nos reflejó a lo largo de toda su vida desde el día a día de su fraternidad franciscana, con la palabra y, sobre todo, con una perenne presencia que recuerdo en multitud de celebraciones, encuentros, convivencias, Pascuas y retiros, siempre en primera línea de batalla, frente a frente, ajeno a las tibiezas, nunca de lado. Y si alguna vez el espíritu de controversia quiso hacer mella en él, bien supo desde Dios cómo retenerlo, pues jamás salió de su boca palabra alguna que no fuera



edificante, ilusionante, bondadosa, esperanzadora y reflejo íntegro de la misericordia de Dios.

Fray Jesús Berrueta era un fraile de tono, de gesto noble y mirada tierna, un sacerdote cuya discreción anunciaba a gritos su indubitada presencia. Quizá sus silencios y sus miradas fueran aquello que rezumara la misma contundencia que sus sencillas pero rotundas palabras. En él se personificaba como don de Dios la incomparable y tan poca frecuente ternura que brota de lo recio. ¿En qué momento, tan falto de clarividencia, nos permitimos abandonar el uso del término pastor para referirnos a aquellos sacerdotes que ejercen el acompañamiento espiritual de las comunidades cristianas? En este tiempo hostil, tan afín a los cargos, pero tan falto de pastores, se nos ha despedido un titán de la misericordia y la templanza propias de los hijos de San Francisco de Asís: el pastor del silencio, de la mirada tierna, de los segundos planos, la palabra oportuna y la presencia discreta pero contundente. Perdemos un guía en la tierra, pero ganamos una férrea intercesión en los cielos: un testimonio inamovible, certero,

ajeno al protagonismo y con un paso tan firme y silencioso como el carisma al que fue consagrado y que nos ha testimoniado a todos como una derrama fértil que tantos frutos ha dado a tantos hermanos y a tantas familias. “Aquella persona buena que no va a misa –nos decía hace muchos años– aún tiene algo por descubrir, pero quien yendo a misa no procura llevar a sus días la bondad de Dios vive en una mentira”. El día de tu partida nos agrieta el corazón, hermano, pero nos queda el testimonio del recuerdo, de tus huellas y de la absoluta certeza de que nos sigues pastoreando, haciendo de guía y adelantando camino desde ese buen lugar en el que, más tarde o más temprano, todos volveremos a vernos en el Señor.





TÓCAME SEÑOR, CON TU PALABRA...

Inma Ortega. *Oración*

En este caminar a tientas, en el que por delante de mis pies torpes e inseguros avanzan mis manos abiertas, buscando el contacto, la cercanía de quien va por delante abriendo camino, dando confianza, y seguridad, no dejes Señor de hablarme. Tus palabras Señor orientan mis pasos, no te canses de llamarme por mi nombre. Así podré acercarme y llegar a ti. Como la hemorroisa extendía su mano para tocar el filo de tu túnica, buscando su sanación, sáname, Señor de la ceguera que me encierra, que me impide salir de mí, y extender mi mano para formar una red fraterna que dé oportunidad para enredarnos, tejiendo tramas, que contribuyan a salir del individualismo que nos aísla, dándonos la oportunidad de

compartir lo que realmente somos en gratuidad.

En estos momentos de incertidumbre, se impone la distancia social, nos vemos obligados a realizar cambios drásticos en la forma de relacionarnos, en la expresión de nuestros sentimientos y emociones...

En este nuevo tiempo de Adviento, muéveme a un cambio radical desde lo profundo del corazón, tócame Señor, con tu Palabra, transforma mi interior para poder comprometerme con el proyecto que tienes pensado para mí. Sabiéndome frágil y necesitada, condúceme hacia el otro, para que junto a él, pueda alcanzar en plenitud, todo lo que hay en mi interior escondido, y que por mí misma

nunca podría llevarlo a cabo.

Reaviva en cada uno de nosotros tu Amor incondicional que nos sostiene siempre en los momentos de dificultad, de soledad, de vacío interior.

Derrama Señor tu Espíritu sobre mi corazón. Ilumina con tu Estrella el sendero por el que caminan mis pies hasta mi encuentro contigo en el pesebre. Siendo Dios todopoderoso, te haces pequeño y te muestras ante nosotros con la ternura y el amor de un recién nacido.

Abre mis manos para buscar el abrazo fraterno, y no dejes que falte nunca en mi interior la esperanza.

PODER SER LAS MANOS DE DIOS

María José Peinado. *Comunidad Fraterna*



Terminé la carrera de enfermería en el año 2.000, y después de diez años trabajando fuera de Granada, en el año 2.010 empecé a trabajar en la UCI del Hospital Virgen de las Nieves.

Todos los comienzos son difíciles y más en la UCI, ya que es un sitio con enfermos cuyo estado reviste gran complejidad y que en muchos casos se debaten entre la vida y la muerte. Pero con la ayuda de mis compañeros, que son extraordinarios y siempre un gran apoyo, he ido aprendiendo esta no siempre fácil tarea. También he ido descubriendo cómo con el cuidado, la paciencia y el tratamiento adecuado, el cuerpo puede ir recuperándose; aunque otras veces aun haciendo lo máximo posible, el cuerpo ya no pueda más.

En la situación en la que nos encontramos con la pandemia del COVID, esto se está poniendo más de manifiesto si cabe. Debido a la gran cantidad de casos y la gravedad de la enfermedad y de las circunstancias, vivimos situaciones muy duras y dolorosas viendo la muerte tan de cerca y sin poder evitarla, aunque también nos llena de mucha alegría cuando los pacientes, tras haber superado varias complicaciones, se recuperan.

Circula una foto preciosa que representa muy bien cómo podemos sentirnos los sanitarios: Jesús nos sostiene por la espalda y nos reconforta, nos anima, y nos da la fuerza para continuar haciendo nuestro trabajo lo mejor posible, sin perder la esperanza, y con la confianza puesta en Él.

Trabajar con personas siempre es estimulante y motivador, y nuestra profesión es así, sobre todo cuando sientes que tu mano es un consuelo en el dolor de quien sufre, y tú no solo eres el profesional que los atiende, sino que además eres el afecto y el cariño de la familia, que no puede estar presente para darle el ánimo que necesita. Más aún para quienes creemos, es consolador sentirnos como las manos de Dios que se les pueden hacer visibles a través de nuestro cariño y dedicación ¡Todo un privilegio poder trabajar y encima sentirnos así! Yo doy gracias a Dios por todo esto.



EL SÍ DE MERY Y DE ALEXIA

Adelina. Paz y Bien

La historia de Mery es la de una mujer venezolana que lleva un tiempo viviendo en España y que llegó con un hijo, que ahora tiene 11 años. Casada por la iglesia católica en su país, siempre tuvo la ilusión de formar una familia “consolidada” pero el matrimonio se separó al poco de nacer su hijo. No obstante, conservó la ilusión por tener otro hijo y ya en Granada conoció a un hombre, se ilusionaron y al poco de iniciar la relación quedó embarazada. En principio ambos querían un hijo, pero cuando ella le cuenta a su pareja que está embarazada, él la disuade para no seguir adelante con el embarazo. Mery se ve sola, pero decide tener a su bebé, sin importar “lo que él pensara, su evasiva, su falta de compromiso”. En esos momentos él dice no estar preparado para comprometerse. Sin embargo, ella, sin trabajo y sin familia, opta por el camino más difícil. Y busca ayuda en REDMADRE, PROYECTO ÁNGEL y CRUZ ROJA entre otros. Y la encuentra, y reconoce que desde el primer instante se ha sentido arropada y no le ha faltado nada. En el momento del parto y los días que permanece en el hospital, siempre está acompañada de una voluntaria de Proyecto Ángel. Son ellos quienes le proporcionan la cuna y el carrito de su hija. Además, hacen de enlace con la parroquia de su localidad para proporcionarle lo que necesite. Mery reconoce que no se ha sentido sola ni abandonada nunca; Cruz Roja, Servicios Sociales, Familias Solidarias (Venezuela), amigos, todos han estado pendientes de ella.

Inicialmente tuvo dudas acerca de si seguir adelante, porque tanto su pareja como su mejor amiga no veían esa vía como opción. Pero quizás porque ella “viene de una historia un poco parecida” no se permitía la idea de hacer algo así. Curiosamente, tras decidir continuar con su embarazo, recibió la llamada de la asistente social, quien le reprendió por no haber abortado.

Hoy, con su hija Claudia Valentina en brazos, se siente “enamorada, radiada” y cuenta cómo su hija reconoció su voz en el primer instante tras nacer, abrió los ojos y le sonrió, algo poco habitual.

Mery quiere transmitir que estar sola en una situación así “no es el final” pues a ella misma Dios le puso siempre las personas indicadas. Y añade que “muchas mujeres se pierden todo lo bonito que viene después”.

Para Alexia y su chico, su embarazo no fue una sorpresa y aun así cuando supo que estaba embarazada, lo primero que sintió fue una sacudida, y posteriormente alegría. Al cabo de unas semanas empezaron a surgirle ideas que no le dejaban tranquila, del tipo si sería capaz de ser madre. Pendientes como estaban de una resolución judicial, cada vez el agobio era mayor. En esa tesitura acudió a su madre, pero en ella encontró una actitud fría y el consejo de deshacerse del problema. En ese momento sintió una puñalada en el corazón.



De nuevo las dudas, el miedo a vivir un embarazo sola y no tener a nadie al lado...

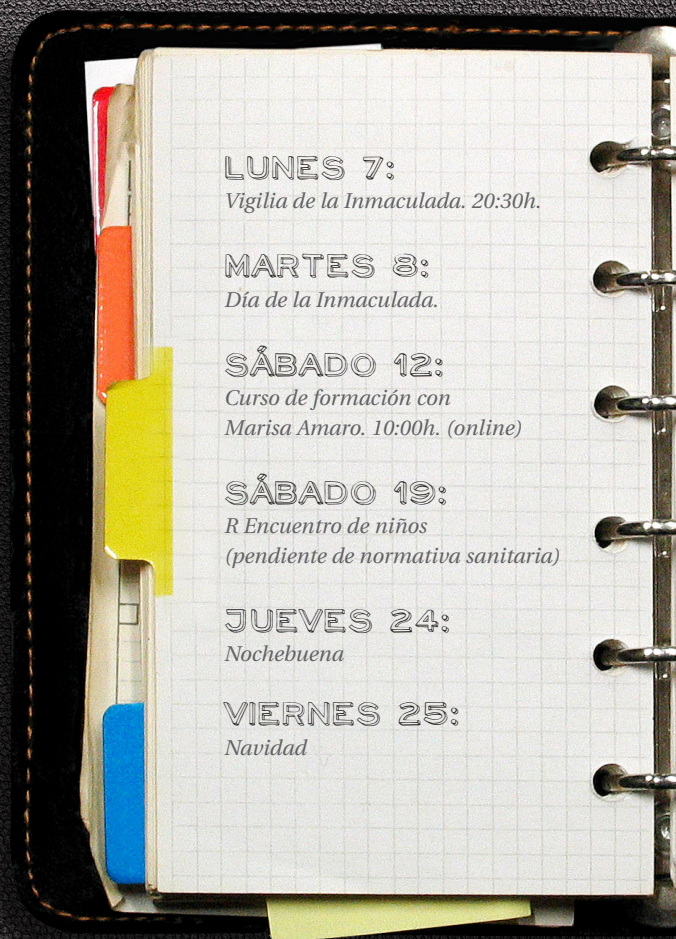
Así, un día, desesperada, llamó a una clínica abortiva para pedir información. Le ofrecieron hacerle una ecografía sin sonido, para mayor tranquilidad, y en función de la fase de embarazo, distintas alternativas. Todo ello edulcorado con un tono de aparente normalidad. Sin informar de las consecuencias ni las implicaciones. El recuerdo de aquella llamada aún hoy le hace sentirse mal.

Tan mal se sintió durante días que su chico decidió llevarla a urgencias y en el hospital de referencia le atendió una psiquiatra. En esos momentos también consiguió hablar con su mejor amiga quien intentó ayudarle. Le puso en contacto con la asociación Provida y recibió una llamada de Esperanza (vicepresidenta de la asociación) quien le tranquilizó como nadie. En palabras de Alexia, Esperanza fue “el rayo de luz que tenía que entrar en su vida”.

Volviendo al hospital, aquella facultativa le comentó que las dudas que tenía eran normales y que la decisión que tenía entre manos era muy importante. Alexia se sorprendió que al tomar la decisión de seguir adelante un gran número de personas desaprobaban su decisión, más preocupados por la situación social y económica que por las consecuencias físicas y psicológicas que supone un aborto, con la excepción de su mejor amiga. Después de haber pasado por el trauma de tener que decidir, reconoce que tristemente uno se siente más arropado por esta sociedad si decides abortar que si pretendes seguir adelante. Además, añade que “si decides tener a tu hijo, la gente te señala, te juzga”. Sin embargo, si decides abortar parece que es más aceptado socialmente. Pero nadie se preocupa de preguntar cómo estás.

Las palabras de su pareja “tómame tu tiempo, estate tranquila y decidas lo que decidas yo voy a estar contigo” fueron lo último que necesitaba escuchar para decidir continuar con su embarazo.

Alexia reconoce que el entorno es fundamental y que el aborto es una desesperación de la que muchos se aprovechan. También recalca que hay muy poca información para el acompañamiento, que, según ella, es lo más importante. De la misma forma, le sorprende que nadie plantee otras opciones como es la adopción.



GRACIAS JESÚS

Quisiera escribir sobre Jesús, pero no sé si mis recuerdos son demasiado personales como para que no sea del todo oportuno compartirlos. Pero son recuerdos que no quiero que se pierdan, que me hacen sentirme una y otra vez afortunada de haberlo conocido y haber recorrido con él parte del camino. Pienso que esa pueda ser la sensación que le quede a mucha gente: agradecimiento por pequeños trozos de vida compartida, enriquecida por su presencia, su cariño y su mirada transparente.

No quiero olvidar tu voz calmada leyendo el Evangelio, en cualquier Eucaristía. Su "¿cómo estás maja?", al entrar a la sacristía a saludarle. Sus montajes de power point, sus cuentecillos y parábolas en las penitencias comunitarias, su tos por el humo de las velas. Quiero retener su amistad incondicional, su acogida, su desprendimiento. Su mirada orgullosa enseñándonos su casa de Vitoria, explicándonos su infancia, recordando a su madre, comiendo el bacalao que nos hizo su hermana. Quiero escuchar muchas veces, aunque sea en mi memoria, sus carcajadas silenciosas, que le congestionaban el rostro. Tener que parar a casi llorar de la risa al ver meter un Cristo de San Damián en una olla en una ofrenda de la Vigilia de la Pascua de Faraján. Sorprenderme de sus chistes y sus ironías.

Quiero oírlo de nuevo decir que Dios es amor, todo amor. Que la persona está por encima de todas las reglas. Que las normas están para romperlas. Que antes de que nos acercáramos a pedir perdón, Dios ya nos había perdonado.

Hablar con pasión de Jesucristo, con admiración de San Francisco, con ternura de la Virgen. Quiero reconocer que su acompañamiento los años en que Seve fue provincial nos salvó de perdernos definitivamente en lo secundario, nos mantuvo unidos y nos fortaleció en la fe. Quiero pensar que a él también le hizo sentirse bien, querido, distendido, alegre. Quiero verle de nuevo, discreto, en los acontecimientos más importantes de mi vida: en nuestro compromiso definitivo, en nuestra boda, en el bautizo de nuestras hijas, en el aniversario de mis padres. Alegrarse profundamente por la felicidad de los demás. Quiero volver a preocuparme por su salud. Por cuando le veíamos pálido o hinchado, o le notábamos ahogadillo al hablar. Quiero volver a reírme de su afición a llamar a sus amigos sanitarios, que tenía en todas partes y de todas clases. Las diferencias y los malentendidos ya están guardados en el cajón de las cosas inservibles. Y ya, finalmente, y aunque resulte extraño, no quiero olvidar sus últimos días, su enfermedad, su miedo, su frío en la habitación del hospital, su sonrisa débil agradeciendo cada gesto que recibía, cómo pedía recibir la comunión antes de bajar a UCI. Porque ese recuerdo hará que en los demás enfermos le veamos, le queramos y le honremos como merece. Gracias Jesús por todo. Gracias a Dios por tanto. **Fanny**

"Al final del camino me dirán: ¿Has vivido? ¿Has amado? Y yo, sin decir nada, abriré el corazón lleno de nombres."

Pedro Casaldáliga